AUTHOR:

CANTERO Y HERRERA, EUGENIO

TITLE:

PRINCIPALES TEORIAS SUSTENTADAS POR ...

PLACE:

HABANA

DATE:

1897

Master Negative #

92-81079-1

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

111 C167 Cantero y Herrera, Eugenio.
Principales teorías sustentadas por los filósofos para explicar el origen y formación de los cuerpos. ¿Cual de ellas es la más aceptable?
Habana, 1887.
44 p. 22 cm.

Thesis, Havana.

Restrictions on Use:

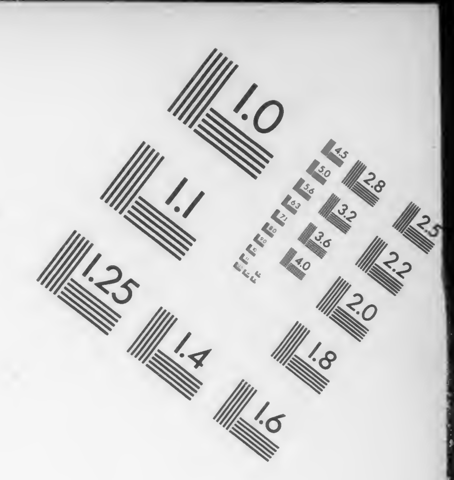
TECHNICAL MICROFORM DATA

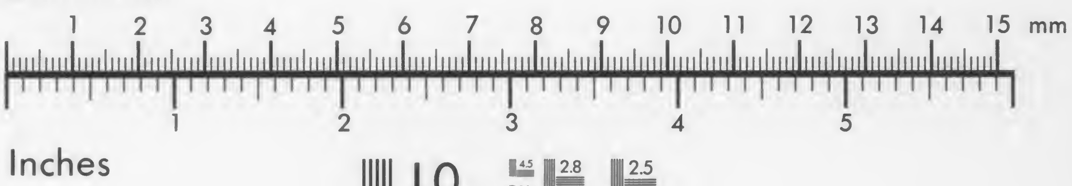
FILM SIZE: 35mm. REDUCTION RATIO: 11X
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 3-2-93 INITIALS JA
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

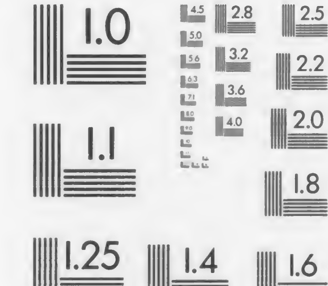


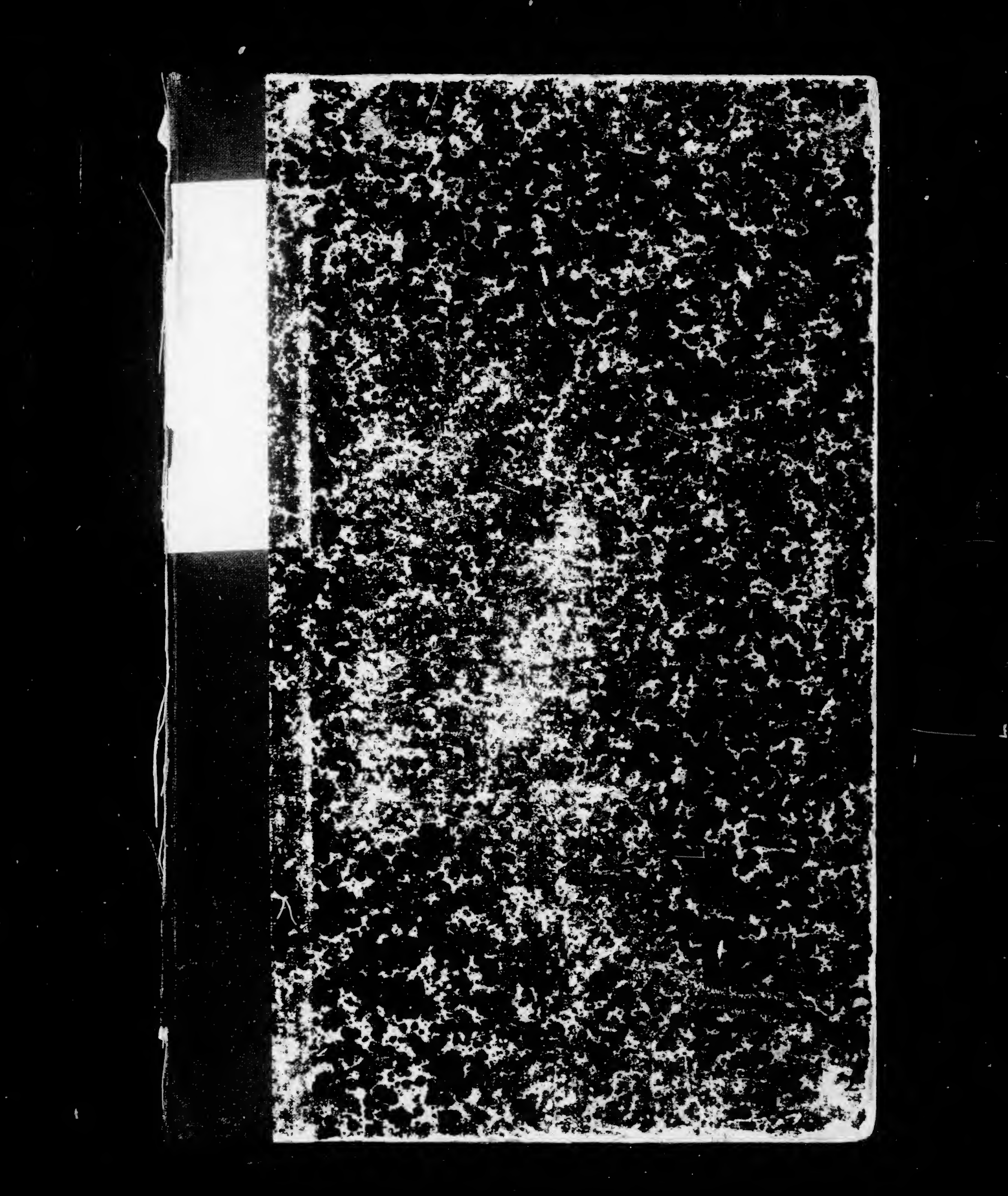
AIIM
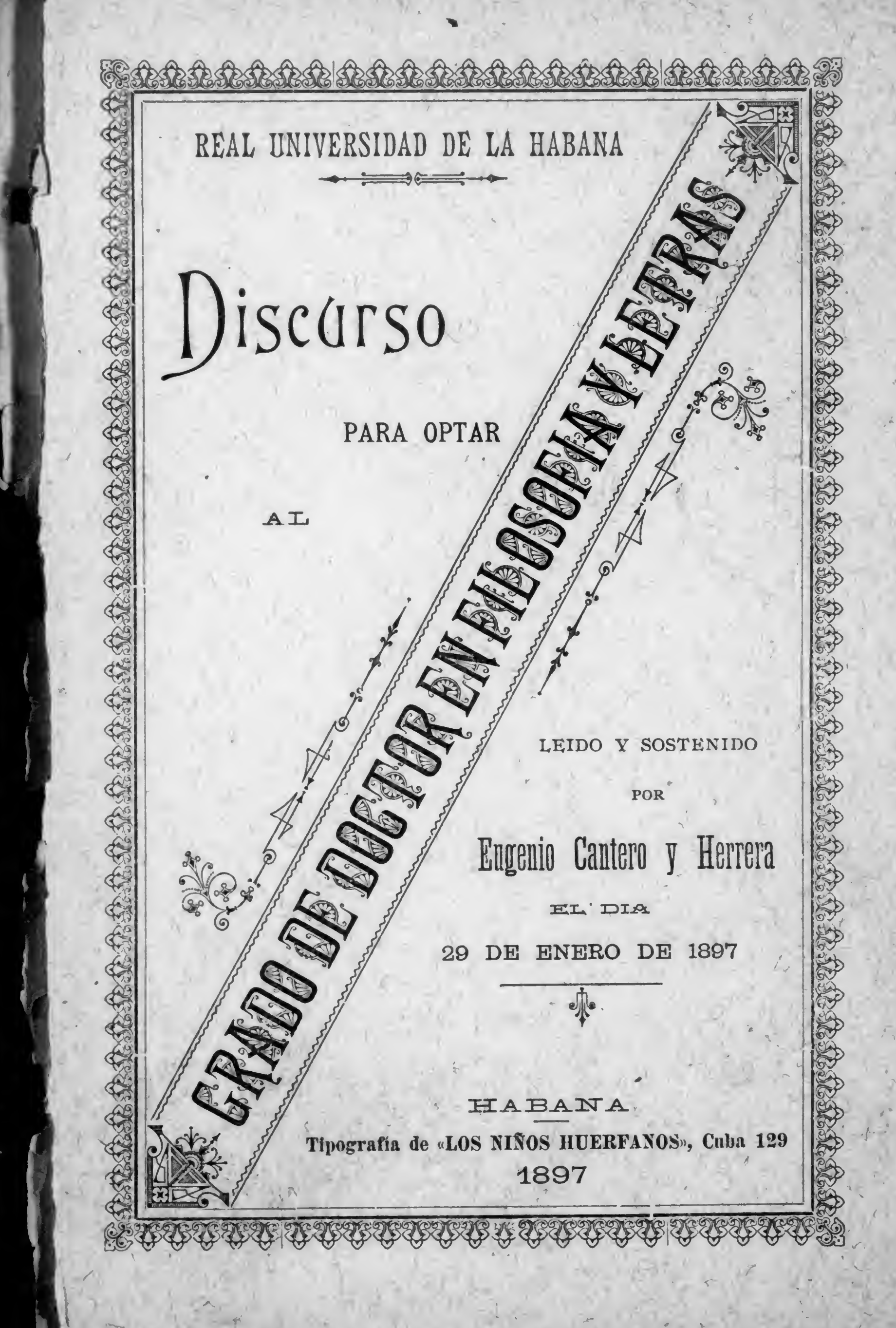
Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202











REAL UNIVERSIDAD DE LA HABANA

Discurso

PARA OPTAR

AL

GRADO DE DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

LEIDO Y SOSTENIDO

POR

Eugenio Cantero y Herrera
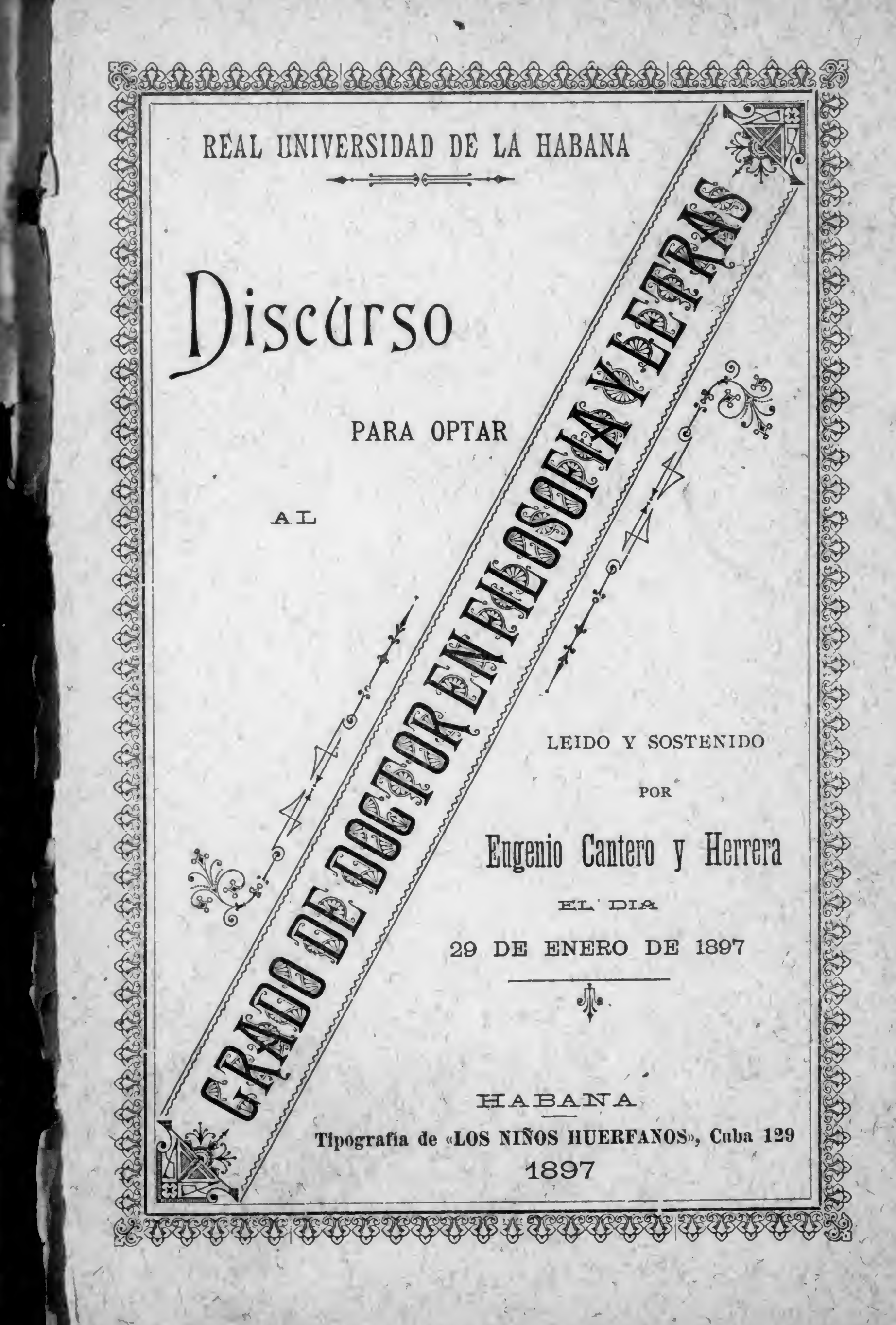
EL DIA

29 DE ENERO DE 1897

HABANA

Tipografía de «LOS NIÑOS HUERFANOS», Cuba 129

1897



REAL UNIVERSIDAD DE LA HABANA

Discurso

PARA OPTAR

AL

GRADO DE DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

LEIDO Y SOSTENIDO

POR

Eugenio Cantero y Herrera

EL DIA

29 DE ENERO DE 1897

HABANA

Tipografía de «LOS NIÑOS HUERFANOS», Cuba 129

1897

REAL UNIVERSIDAD DE LA HABANA

TESIS

PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

EN LA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

LEIDA Y SOSTENIDA

POR

D. Eugenio Cantero y Herrera

EL DIA

29 DE ENERO DE 1897



HABANA

TIP. DE "LOS NIÑOS HUERFANOS", CUBA 129.

1897

A MIS AMADOS PADRES

EN PRUEBA DE CARIÑO, RESPETO Y VENERACION

A MI QUERIDISIMO ABUELO

El Excmo. Sr. D. Miguel Antonio de Herrera

A los Padres
de la
Compañía de Jesús
en reconocimiento
por haber guiado mis primeros pasos
en el
Real Colegio de Belén.

Al Claustro Universitario.

TRIBUNAL

PRESIDENTE

Dr. D. Juan Francisco de Albear y Lara. (Decano)

VOCALES

Dr. D. Evelio Rodríguez Lendián.
» » Fernando Sánchez de Fuentes.
» » Guillermo Domínguez Roldán:

SECRETARIO

Dr. D. Ramón Meza y Suárez-Inclán.

Principales teorías sustentadas por los filósofos, para explicar el origen y formación de los cuerpos. ¿Cuál de ellas es la más aceptable?—Tema número 14 del Cuestionario para el Doctorado.

Excmo. Sr.:

Ylustre Claustro:

Señores:

Al comenzar este trabajo, en el cual tantas y tan contradictorias opiniones se han de exponer, unas que casi no merecen los honores de una refutación seria, otras que al enunciarlas, nos subyugan con sus sofísticas formas, pero que en su fondo sustentan el error y defienden la mentira, encubiertas con las primorosas galas de la elocuencia y los bellos artificios de la Retórica, producto unas y otras de la sórdida avaricia de saber que acompaña al hombre en todos los tiempos y en todas las edades, no puedo menos de detenerme y me detengo á considerar las causas de tan lamentable estado de cosas, pues todo en este mundo tiene su explicación, todo tiene su razón de ser, todo tiene su causa, más ó menos remota, más ó menos aparente, pero no por esto menos real y verdadera.

Dios, al crear al hombre, le ha dotado del apetito innato de la felicidad, y éste en el corto espacio de tiempo en que transita por el mundo, no hace otra cosa que correr en pos de ella, pretendiendo, creyendo y desesperando alcanzarla, según las fases de su accidentada vida.

Consecuencia natural de este apetito, fueron los medios que el Creador puso á su disposición, para satisfacerlo, y por los libros sagrados vemos que en efecto, su providencia se extendió á cuanto podía contribuir á la consecución de este fin, pero el hombre insaciable y no contento con saber lo necesario, quiso penetrar más adelante, su orgullo no le permitía acatar los misterios de su Creador, y considerándose capaz por sí solo de levantar el espeso velo que los cubría, se decide á intentarlo, y tras largas y penosas vigilias, sólo consigue precipitarse en el abismo del error, donde si bien su soberbia no le permite confesarse vencido, su conciencia le dice que más útil le hubiera sido el contenerse en los límites que le prescribió el sabio autor de la naturaleza.

De aquí nace ese tropel de opiniones ridículas y contradictorias, que ha hecho dudar, si podía haber alguna extravagancia que no se le hubiere ocurrido antes á algún filósofo.

Esto no es decir que carecieran de inteligencia, no, pues al contrario, entre los filósofos encontramos, hombres de profundo talento y varia erudición como *Nicolás de Machiavelo* que poseyó la Historia, se ocupó en la Política y la Moral y escribió algunas Comedias; *Renato Descartes*, que unía á su gran disposición para la Poesía, una maravillosa facilidad para las Matemáticas; *Godefrido Guillermo Leibnitz*, uno de los más célebres eclécticos modernos, que se manifestó desde la edad de seis años, igualmente apto para todo género de estudios; *Carlos Roberto Darwin*, el eminente naturalista inglés, que apoya su teoría sobre el

origen del hombre con todo el inmenso tesoro de su genio sorprendente y original; *Isaac Newton*, una de las glorias de la vieja Inglaterra, y del cual dicen los autores que ésta puede vanagloriarse de haber producido el mayor talento del globo; y así podíamos citar mil, que asombraron al mundo con sus escritos y sembraron sus doctrinas más ó menos peligrosas entre los innumerables partidarios que á manera de mansos corderos, aceptaban sus dogmas sin pasarlos previamente por el crisol de la razón, ni sujetarlos á una severa y sana crítica.

Sería tarea harto enojosa é interminable, el exponer suscintamente las opiniones todas, de esa serie numerosa de filósofos, que con el impropio é inmodesto título de *sabios*, ocuparon la atención del mundo antiguo, encontrando terreno fácil y propicio, donde sembrar productivamente sus ridículas supersticiones y abominables mentiras; así pues me propongo únicamente, seguir á aquellos que más sobresalieron con sus doctrinas sobre el origen del mundo y composición de los cuerpos, ya fundándolas, como Parménides y Melisso, Leucippo y Demócrito, Leibnitz y Aristóteles; ya reformándolas y sosteniéndolas, como Espinosa, Fichte, Schelling, Hegel, Kant, Schopenhauer y Hartmann.

Las principales teorías acerca de la composición de los cuerpos, pueden racionalmente reducirse á cinco, que son: *El Monismo*, con sus dos formas ó maneras, ó sean uno extremo y otro moderado; *el Atomismo mecánico*, adoptado en Grecia por Epicuro y en Roma expuesto en forma de poema por Lucrecio; el *Dinamismo*, teoría que procede de la *Monadalogía* de Leibnitz; el sistema llamado *químico*, profesado á su manera por los filósofos jónicos; y por último, el *Hilomorfismo* ó teoría de la materia y de la forma, fundado por Aristóteles, y admitido por Santo Tomás con todos los escolásticos.

En el orden que las he enunciado, serán expuestas y refutadas las cuatro primeras, demostrando luego la veracidad de la última, ó sea la hilomórfica que es la que acepto por considerarla racional; comenzaremos, pues, por el

Monismo, que puede ser como antes tuve ocasión de decir, de dos maneras: *extremo y moderado*. El primero afirma que todos los seres sin excepción, son un solo sér simple é inmutable, no estableciendo por consiguiente distinción alguna real entre las cosas; convirtiéndose en Panteismo, cuando afirma que todas las cosas son Dios; en Pansiquismo, si atribuye vida y conocimiento á todos los seres; en Panhilismo, si enseña que todas las cosas son materia. El monismo moderado, enseña que todo el mundo visible es una sola cosa, (*unum per se*) pero no llega su audacia á identificarlo con el sér divino, ni á negar la existencia de Dios, como el monismo materialista; ya veremos más adelante, los trastornos que en Alemania se produjeron por la variedad de interpretaciones que los discípulos de Hegel dieron á las doctrinas de su maestro.

Los filósofos que en la antigüedad profesaron esta doctrina, fueron Parménides y Melisso, pertenecientes á la secta eleática, en su especie de eleatismo metafísico, porque esta secta que tomó su nombre de Elea, ciudad de la gran Grecia, donde nacieron Parménides, Zenón y Leucippo, sus tres mas célebres defensores, tuvo un gran cisma entre sus mantenedores, cisma que la dividió en dos especies de filósofos, que si bien conservaron el mismo nombre, sus doctrinas fueron tan opuestas y sus ideas tan encontradas, que la una era la negación de la otra.

Los unos, perdiéndose en abstracciones y elevando la certidumbre de los conocimientos metafísicos, sobre la verdadera ciencia, despreciaban la física experimental mirándola como ocupación vana para el hombre que teniendo dentro

de sí la verdad, al buscarla fuera, se exponía á ser juguete de fantasmas y de apariencias; á éstos pertenecían Parménides y Melisso; los otros por el contrario se entregaron enteramente al estudio de la física, pues su doctrina les decía que la verdad no confirmada por la experiencia de los hechos, y por los fenómenos de la naturaleza, no es la verdad filosófica; á la cabeza de éstos se hallan los nombres de Leucippo y Demócrito; quedó á causa de esta pugna de opiniones dividida la filosofía eleática en Eleatismo metafísico y Eleatismo físico, con que se denominaron respectivamente ambas teorías.

Parménides, nacido en Elea, en la Olimpiada sesenta y nueve, fué maestro de *Zenón* y compañero de Sócrates, demostrando desde sus primeros años grande afición por la poesía, como lo prueba el hecho de escribir su filosofía en verso, siendo de lamentar el que no se hayan conservado de ésta más que algunos retazos tan inconexos, que no son suficientes para formar un conjunto sistemático.

Sostenía que todo lo que existe es un solo sér, porque fuera del sér, decía, no hay sino la nada y como todas las cosas que son, no son sino un solo sér, pues todas ellas convienen en ser, este sér uno es todo lo que existe, infiriendo de aquí, que este sér único es inmóvil porque no tiene quien le mueva, ni hay lugar fuera de él en que pueda ser movido.

Al valerse *Parménides* de la afirmación de que "*fuera del sér no hay sino la nada*" lo hace sofisticamente, pues toma, y este es el vicio de su argumentación, el sér, según la razón de sér ó ente en general, como si de este modo existiera realmente en el universo, olvidando ó pareciendo olvidar, que el sér se da en las cosas según los modos ó categorías en que el mismo sér se divide, y no por el hecho de que una cosa no tenga el sér que pertenece á determinada categoría, por eso ha de ser nada, pues tendrá el sér

perteneciente á otra categoría ó modo distintos; queda pues refutada la afirmación de *Parménides*, pues demostrada la falsedad de su argumentación, demostrado queda lo falso de su doctrina, pues nada cierto se construye sobre una base adsurda.

El otro defensor del monismo, en los tiempos antiguos, fué ***Melisso de Samos***, que floreció en la Olimpiada ochenta y cuatro y se dedicó primeramente á la política, llegando á tener las riendas del gobierno, antes de que la filosofía lo acogiera en su seno.

Sostenía, que el ser no había sido hecho, y por consiguiente no tenía principio ni fin; de donde deducía que era infinito y como infinito inmóvil, pues lo infinito no tiene fuera de sí donde moverse.

Añadía, que siendo infinito, era también *uno*, pues si hubiera algo fuera de él, este algo podría recibir algún aumento.

La razón que adujo Melisso para probar que el sér no había sido hecho, es el argumento siguiente: «ó el sér ha sido hecho del mismo sér, y en este caso se le atribuye existencia antes de haber sido, ó ha sido hecho de la nada; lo cual no es menos absurdo, porque de la nada no se hace nada.»

Para refutar á este filósofo se necesita poco, en primer lugar, al decir que el sér no debe su existencia á otro sér, porque entonces existe antes de ser, no hace más que seguir las huellas de su émulo Parménidos cuando afirmaba que fuera del sér no había sino la nada; podemos aplicar aquí las razones que expusimos al refutar á Parménides, es decir que si el sér se dá en una cosa según cierta categoría, ese sér puede dar existencia á otro sér, según otra categoría, y esto es tan cierto, que en la vida vemos que á cada instante se hacen multitud de seres.

En cuanto á la segunda afirmación de su argumento,

en que dice: «de la nada no se hace nada», esto sólo puede afirmarse, refiriéndose á las causas segundas eficientes, pero no tratándose de la causa primera, cuya existencia no pudo negar Parménides, al decir que las ideas todas están en Dios, y por eso se escapan á las investigaciones de los hombres, pues ésta puede sacar y ha sacado el sér del no sér sin que preexista materia alguna.

No estimo necesario detenerme más en el análisis de las doctrinas de éstos dos filósofos, pues una vez destruídas sus afirmaciones, como contrarias á la verdad, y restablecido el imperio de ésta, imperio que dicho sea de paso el hombre jamás debiera haber destruído, creo peligroso prolongar este trabajo, tratando más este asunto, no porque tema resulte largo, sino porque en el error no se debe detener el hombre, más que el tiempo preciso para refutarlo.

Dejando pues, como terminada la refutación de los monistas de la antigua filosofía eleática, vamos á ver quienes han profesado esa idea entre los filósofos modernos, pues por descabellada que sea una doctrina, por reñida que se encuentre su argumentación con los más elementales principios de la razón, siempre encuentra, no ya fundadores, porque partiendo de la existencia de aquella es de suponer que los tenga, sino mantenedores y continuadores, pues nunca falta un Bernardino de Telesio, que suscite y erija las teorías de Parménides sobre las ruinas de las de Aristóteles y de Platón.

Benito Espinosa, (1) es el primero que aparece profe-

---

[1] La doctrina de este filosófo, expuesta en forma de proposiciones es profundamente monista pues en su proposición catorce dice: *præter Deum nulla dari neque concipi potest substantia;* y en la quince: *quidquid est, in Deo est, nihil sine Deo neque esse neque concipi potest*, lo cual demuestra evidentemente que enseñó el monismo pues afirmaba que todos los seres son un solo sér; y que fué en su forma panteista pues sostenía que los entes no son más que modificaciones de Dios.

En Espinosa domina decidida y exclusivamente el punto de vista de la inmanencia, y por eso puede considerársele, como jefe del panteismo en los tiempos modernos; esta es la razón por la cual hablo de este filósofo al tratar del monismo.

sando el monismo en los tiempos modernos, era natural de Amsterdam, y aunque judío de nacimiento, no siguió su secta, pues desde joven se manifestó acérrimo ateista; su doctrina es tan incomprensible, que muy pocos de sus sectarios la entienden, llegando algunos á manifestar que es un enigma para ellos, pero que la aceptan porque niega con intrepidez y decisión, aquello que ellos se sentían inclinados á no creer.

Lo primero que dió á luz desde su obscuro retiro, fué un tratado Teológico-político, en el que niega la eficacia de los antiguos profetas, limitando todo el mérito de aquellos hombres, á la ciencia de las costumbres, y afirmando no conocían la naturaleza, ni las perfecciones del sér Supremo; los milagros de la Sagrada Escritura, dice que no son verdaderos pues los prodigios descompondrían el orden de la naturaleza y esto lo cree contradictorio, destruyendo, por último en un solo capítulo, toda la autoridad del viejo testamento, asombrando y escandalizando á toda la Europa con una doctrina tan ecléctica (1) y basada sólo en la autoridad de su palabra.

El origen y fuente de los errores de Espinosa, se halla en la definición que da de la substancia. Entiendo, dice,

---

[1] La filosofía ecléctica tuvo principio en Alejandría de Egipto, es decir, en el centro de las supersticiones, y estuvo sin jefe y sin nombre hasta Potamón de Alejandría que nació en tiempo del Emperador Alejandro Severo.

En los tiempos modernos, Jordan Bruno, Cardano, Bacón, Machiavelo, Hobbes, Campanella, Ticko-Brahe, Keppler, Galileo, Descartes, Malebranche, ESPINOSA, Locke, Leibnitz, Newton, Thomasio, Buffon y otros, profesaron doctrinas eclécticas, pues el ecléctico, no es más que un filósofo, que poniendo bajo sus piés la tradición, la antigüedad, el consentimiento universal, la autoridad, en una palabra, todo lo que sojuzga á la mayor parte de los entendimientos, se atreve á pensar por sí mismo, y no respetando cosa alguna, se forma una filosofía particular con todas las filosofías que han examinado sin parcialidad ni respeto.

No resulta pues adsurdo el que hombres de pensamientos y doctrinas opuestas, convengan en ser eclécticos.

Benito Espinosa lo es; pues con sólo analizar su doctrina se ve claramente, que sigue este sistema identificándose casi con la Entelechia de Aristóteles, la Archea de los Spagiricos, la alma del mundo de los Orientales y la fuerza de ponderación de Epicuro.

por substancia, lo que es en sí y se concibe por sí mismo, es decir, aquello cuya concepción no necesita de otra cosa de la cual deba formarse. Resultando capciosa esta definición, pues puede tomarse en ambos sentidos, verdadero ó falso; y ya defina la substancia con relación á los accidentes, ya lo haga con relación á la existencia, resulta su definición ó falsa ó insuficiente para el objeto posterior que se propone demostrar.

Al definir, pues, la substancia, con relación á los accidentes, se podrá concluir por afirmar que la substancia es un ente que subsiste por sí mismo y no depende de un sujeto de inherencia; pero no puede deducirse de aquí, que no existe más que una sola substancia, que como decía Espinosa se hallaba constituída por dos atributos, el *pensamiento* y la *extensión* y de los cuales son simples modos todos los seres individuales, pues nadie negará que los árboles, las piedras y los hombres, existen con independencia de un sujeto de inherencia y no son una sola substancia.

Si define la substancia con relación á la existencia, esta definición significa que la substancia al no depender de otra, encierra una existencia necesaria, lo cual es tambien falso, porque ó quiere decir que la esencia de la substancia es independiente de toda causa, ó que la substancia existente subsiste por sí misma de tal manera que no puede depender de causa alguna; lo primero es absurdo y hasta ridículo, pues equivale á decir que la definición de la substancia no podría producir otra definición de substancia y esto es impertinente. Más regular es que Espinosa haya querido decir en su inteligible definición, que la substancia existe por sí misma de tal modo que no puede depender de causa alguna; pero esto es contrario á los más elementales principios de la Filosofía, pues una cosa

es decir que no hay más que una sola definición de la substancia, y otra el que no hay más que una substancia.

Habiendo dos especies de existencias, una necesaria y otra contingente, es absolutamente necesario que haya dos especies de substancias, la una que exista necesariamente (*Dios*) y la otra que tenga una existencia comunicada por la primera (*las criaturas*); Espinosa confunde lastimosamente, lo que racional y necesariamente debe distinguirse, que es, la esencia, á la cual llama substancia, con la existencia; resultando su doctrina una serie no interrumpida de errores.

Aparecen profesando el monismo en segundo lugar, los filósofos germánicos trascendentales, *Fichte*, *Schelling*, *Kant y Hegel*, (1) que dominaron la enseñanza universitaria y fueron muy respetados en su época, pues cuando *Hegel*, murió, en 1834, sus doctrinas imperaban por completo, invadiéndolo todo: universidades, sociedad, Estado, Iglesia. Actualmente aquellos hombres tan respetados, apenas lo son, y aun para algunos escritores han sido blanco de burlas ciertamente poco filosóficas, como lo demuestra *Büchner*, uno de los más decididos partidarios de la escuela materialista, que en su libro titulado "Fuerza y Materia", dice: «Prescindamos de toda la palabrería filosófica con que brilla la filosofía teorética y notablemente la alemana, que inspira justa repugnancia á eruditos y á no eruditos. Han pasado los tiempos en que la palabrería científica y el charlatanismo filosófico estaban de moda.»

Debemos pues hacernos cargo de esa gran revolución

---

[1] Kant y Fichte, representan la faz analítica de la filosofía moderna en Alemania; Schelling y Hegel, la faz objetiva y sintética, y juntos forman un sistema completo de metafísica incomparablemente más rico y más profundo que los sistemas que le precedieron.

Igualmente es moderno Espinosa, Descartes, Bacón, Boscowich, Leibnitz y otros que no solo cito en mi trabajo, sino que rechazo sus teorías, después de analizarlas con más ó menos detenimiento según su importancia.

que en las ideas filosóficas de Alemania se produjo desde los tiempos de estos ilustres pensadores.

Es universalmente sabido que un credo filosófico que no tiene su fundamento en los principios inalterables de la verdad; que no emplea los razonamientos irrefutables de la lógica, podrá ser aceptado en el primer momento en que los hombres, no habiendo profundizado sus ideas se dejan llevar por las palabras, ilusionados por la forma antes de haber fijado su atención en las cosas y escudriñado su fondo; pero arrastrará una existencia efímera, y pasado el primer momento de fe llega la hora á la interpretación, la cual trae consigo la desunión de creencias, en la que apartándose sus partidarios de la común doctrina, van á caer, en otro error los más, en la verdad los menos, surgiendo de aquí las herejias.

Esto sucedió con las doctrinas de los filósofos germánicos, que creyendo haber llegado á conocer la realidad de todas las cosas externas, apesar de la afirmación de *Kant*, su común maestro, de que esa realidad es y será siempre una incógnita, juzgaron que todas las cosas son el yo, que se desarrolla y vuelve en sí mismo, y por consiguiente que nuestros pensamientos no se distinguen absolutamente del ser objetivo de las cosas.

Semejante doctrina, mezcla informe de evolución y mecanismo, está plagada de errores, tanto al explicar su absurda evolución por el movimiento mecánico, que nada de común tiene con ella, como al negar las causas finales y confundir los seres orgánicos con los inorgánicos, no mereciendo especial y detenida refutación, pues con sólo los principios de la Filosofía natural, que más adelante expondré, se desvanecen por sí mismos tan absurdos conceptos, como el de explicar el conocimiento por el simple movimiento mecánico y hacer al hombre oriundo del bruto,

principios que algunos autores no han vacilado en calificar de *verdaderos delirios*.

Al lado de esta forma de monismo figuran dignamente, de una parte, el autor del pesimismo, *Schopenhauer*, y su discípulo *Hartmann*, de otra los partidarios del monismo naturalístico.

Los dos primeros al suponer que todas las cosas están contenidas en una volición sola ó acompañada de una representación inconsciente, caen de lleno en el más lamentable de los errores, cual es el afirmar que el mundo no es nada, fuera del sujeto cognoscitivo, como si el ser no fuera antes que el conocer, y las cosas necesitaran de nuestro conocimiento para ser tales; y que este sujeto es una volición que carece de entendimiento, una volición ciega, afirmación aventurada y más que eso, falsa, pues sin conciencia del objeto á que se dedica, es imposible que la voluntad funcione: *Nihil volitum nisi præcognitum.*

En síntesis, el monismo, y creo señores haberme detenido más de lo regular en analizarlo, está en pugna con la razón y con los hechos, pues ni aquélla ni la experiencia, comprueban tan irregular doctrina, pues la razón al deshacer los sofismas de los monistas, confirma la existencia de innumerable variedad de substancias distintas y separadas unas de otras así en el ser como en el obrar, existencia que nos da á conocer la observación. El principio de contradicción, no existe para los monistas, pues al identificar cosas opuestas entre sí, destruyen el fundamento de toda la filosofía; violan el de razón suficiente al establecer la evolución de lo absoluto, lo cual es absurdo, pues si lo absoluto contuviera en sí todo lo que es sér, y perfección, no habría razón para que se desarrollase pues lo que es perfecto no puede ser perfectible ni desarrollarse en tal sentido, y por el contrario, si sólo fuera potencia

y privación, le sería imposible sacar de sí mismo las perfecciones que le faltaran.

Es, pues, desechada, esta doctrtna, por contraria á los más elementales principios de la filosofía natural, y perjudicial al restablecimiento de la verdadera doctrina, pues si bien faltaría á la verdad, negándole á sus cultivadores la inteligencia y el saber que á tan grande altura los colocaron, no puedo menos de lamentar el que tan ilustres y esclarecidos hombres, hayan dedicado su talento á la defensa de una idea falsa, cumpliéndose una vez más el aforismo, de que: *no hay filósofo que no haya adelantado en algún error.*

* * *

Atomismo Mecánico.—El atomismo es un sistema antiquísimo de física corpuscular, pues al hablarnos Strabón de la erudición de los Fenicios, afirma, que el dogma de los átomos tuvo una existencia anterior á la guerra de Troya; pero esta doctrina, no tiene forma propia, no se reduce á sistema, hasta la época de Leucippo y su discípulo Demócrito, los cuales le dieron tal impulso que hicieron de este dogma el fundamento de un sistema entero de filosofía, siendo considerados por algunos autores, entre ellos por Diógenes Laercio, como verdaderos inventores.

El atomismo pretende explicar la constitución y esencia de las substancias corpóreas, por medio de corpúsculos indivisibles llamados *átomos* que se diferencian entre sí, por su figura, posición y orden en que están colocados en los cuerpos.

Ningún medio hay mejor, para formarse una idea completa de este sistema, que leer el famoso poema de Lucrecio. Pondré en pocas palabras la substancia de

este sistema, tal cual se halla en este poeta latino, y en diversos lugares de Cicerón en que se habla de él.

El mundo es nuevo, y todo está lleno de las pruebas de su novedad, pero la materia de que se compone, es eterna. Siempre ha habido una cuantidad inmensa y realmente infinita de átomos ó corpúsculos duros, torcidos, cuadrados, oblongos y de todas figuras; todos indivisibles, siempre en movimiento y continuo esfuerzo por pasar adelante; vagando todos y atravesando el vacío; si hubieran continuado su camino derechos, no se hubiera formado el mundo, pero algunos de ellos se torcieron algún tanto en su movimiento; esta ligera declinación estrechó y agrupó á muchos, como el Sol, la Tierra, el Cielo, el Hombre, la Inteligencia y una especie de libertad. Nada se ha hecho con designio premeditado, es una insensatez el creer que las piernas se han hecho para llevar al cuerpo, ni que los dedos estén provistos de articulaciones para agarrar mejor lo que nos es necesario; ni que la boca esté guarnecida de dientes, para triturar los alimentos; ni que los ojos estén diestramente suspendidos sobre unos músculos movibles, para volverse con agilidad, y extender la vista hácia todas partes. No, ninguna inteligencia ha dispuesto estas partes, para que puedan servirnos, sino que hacemos uso de lo que hallamos útil y de lo que podemos sacar algún partido.

Neve putes oculorum clara, creata
Ut videant: sed quod natum est, id procreat usum.

La casualidad lo ha hecho y hace todo; las especies se perpetúan por ella, y por ella algún día se disolverá todo.

Esta doctrina fué adoptada en Grecia por Epicuro, al cual se le acusó de ateismo, no obstante, que admitía la existencia de los dioses, frecuentaba los templos, y no tenía la menor repugnancia en arrodillarse delante de los

altares. Afirmaba que: «Nada se ha hecho de nada; el universo ha existido y existirá siempre. No existe otra cosa más que la materia y el vacío, porque no se puede concebir medio alguno. Juntando á la noción del vacío, la impenetrabilidad, la figura y la pesadez, tendremos la idea de la materia; y separando de la idea de la materia, estas mismas cualidades, tendremos la noción del vacío. No se concibe la idea de composición sin admitir algunas partículas simples, primitivas y constituyentes. Estas partículas se llaman átomos. El átomo es esencialmente inalterable y finito. Los átomos homogéneos, atendida su solidez é inalterabilidad, tienen cualidades específicas que los diferencian. Estas cualidades son: el grandor, la figura, la pesadez y todas las que se derivan de ellas, como el terso y lo anguloso. El átomo tiene dos movimientos principales, uno de caída ó de ponderación, que le arrastra, ó le arrastraría sin el concurso de alguna fuerza extraña; y otro del choque ó del movimiento de reflexión que recibe encontrándose con otro cuerpo. El átomo es la cosa primera por quien todo existe y la materia primera de que todo se forma. El mundo es un efecto de la casualidad, y no ejecución de un plan premeditado.»

Sería interminable, si enumerase los infinitos disparates con que Epicuro pretende explicar la composición de los cuerpos; creo suficiente lo que dejo expuesto, pues por la muestra, puede suponerse lo que será el conjunto de su doctrina, obra de la vanidad y del prurito de dar razón de todo, vanidad que da por resultado, que los incrédulos nieguen la existencia de todo aquello, que por ser superior á su conocer, califican de imaginario y absurdo, sin otra razón que la de ignorar ellos su causa.

El atribuir la producción del mundo, al encuentro casual de los átomos eternos, es contrario á la razón, pues un sistema en el que todo es efecto y no existe causa es

un delirio. El que puede atribuir á la casualidad una obra semejante, dice Cicerón, puede igualmente creer que una multitud de caracteres del alfabeto, tirados sin orden, formaran los anales de Ennio, lo cual sería tan difícil, que á mí me parece imposible que pudieran formar una sola línea.

El mismo Cicerón, al ocuparse del atomismo dice: «si el concurso de los átomos puede formar un mundo, por qué no podrá del mismo modo, hacer un pórtico, un templo, una casa y una ciudad, que son obras menos trabajosas y más fáciles de hacer?» A esta pregunta se ven muy apurados para contestar, los discípulos de Epicuro, pues con su sencillez, les pone tan de manifiesto lo absurdo de su doctrina, que bajan la cabeza, no ya convencidos, pues el sabio no logra convencer al necio, pero sí vencidos y anonadados por el peso de tan tremenda lógica.

No obstante citarse los nombres de Leucippo, Demócrito y Epicuro, unidos siempre que del atomismo se trata, sus doctrinas no eran las mismas, si bien su fin era común, habiendo discrepancias entre ellos, debido á la colocación y naturaleza de los átomos; Leucippo y Demócrito dijeron que los átomos se diferenciaban por el movimiento, la figura y la masa, y que de su coordinación se formaban los entes. Epicuro añadió, que había unos átomos de tan heterogénea naturaleza, que no podían encontrarse ni unirse jamás. Demócrito y Leucippo creían, que todas las moléculas elementales, habían comenzado moviéndose en línea recta. Epicuro observó, que si hubieran comenzado á moverse en línea recta, jamás hubieran mudado de dirección, no se hubieran chocado, ni combinado, ni producido substancia alguna: de donde infirió que se movieron en direcciones un poco inclinadas unas á otras y convergentes hacia un punto común. Leucippo y Demócrito habían animado á sus átomos con una

misma fuerza de gravitación; Epicuro hizo que los suyos gravitasen de distinta manera.

En suma: Leucippo apartándose de los filósofos que le habían precedido, que lo veían todo en las ideas, no quiso admitir sino lo que se observaba en los cuerpos y por esto inventó el atomismo; Demócrito perfeccionó este sistema, y Epicuro le dió toda la extensión de que era capaz.

Entre los modernos, Renato Descartes y Francisco Bacón resucitaron este error, poniendo la esencia de los cuerpos en la cantidad dimensiva, divisible en partes siempre menores, pero no convenían con Epicuro, en que la casualidad moviese los átomos, pues afirmaron que el sér y el movimiento, lo habían recibido de Dios. A principios de este siglo, el químico inglés Dalton, quiso aplicar la teoría atómica á los hechos de la química, y desde entonces se admite como hipótesis en las ciencias de la naturaleza.

La teoría de los átomos, es tan absurda, que casi no debía de detenerme á refutarla, pero lo haré, no porque crea convencer á nadie, pues á fines del siglo XIX no siendo para ejercitarse en las discusiones filosóficas no halla defensores esta doctrina, sino porque así lo manifesté en la primera parte de este discurso, y de no hacerlo, alteraría el plan del mismo.

En primer lugar nos presentan los fundadores de ella, unos corpúsculos indivisibles, que bajo el nombre de átomos, están dotados de movimiento, sin darnos razón de éste, ni de la causa que lo origine. Nada más absurdo, pues suponer la existencia de un cuerpo fuera del estado de reposo, sin una fuerza exterior, un motor en una palabra, que obrando ya directa ya indirectamente sobre él, haya producido el movimiento, es ir contra los más elementales principios de la Física, pues *un punto material*

aislado, en nada puede modificar sus condiciones de reposo ó de movimiento, según suele enunciarse el principio general de mecánica que dice: « *La inercia es la incapacidad de la materia para modificarse á sí misma.* »

Pero no basta esto, hay otras causas que prueban la falsedad de este sistema, cuales son el afirmar que el mundo ha sido producido por el concurso casual ó fortuito de los átomos, es decir, que ha existido efecto sin causa, y orden sin ordenador, afirmación grotesca y anti-filosófica, ridiculizada por Cicerón en la célebre pregunta de que antes hice mención y despreciada por los filósofos como indigna de refutación.

Por último, según esta doctrina, cada átomo atrae á los demás á distancia, obrando por consiguiente donde no está, y esto es ir contra los fundamentos de la filosofía, pues se destruye el principio de contradicción.

Acabaré haciendo mías las palabras de Cicerón, cuando escuchó la absurda teoría de los atomistas: « Para que estos filósofos discurran de este modo, es necesario que no hayan levantado jamás los ojos al Cielo, ni hayan reparado, por consiguiente, en la infinidad de bellezas que se encierran en él.» *Certe ita temere de mundo effutiunt, ut mihi quidem numqam hunc admirabilem cœli ornatum, qui locus est proximus suspexiere videatur.* (De nat. Deor. lib. 2. n. 94.)

***

Sistema Químico.—Este es el sistema de los que toman como principios constitutivos de los cuerpos á los mismos cuerpos, que ellos llaman *simples ó elementos*, porque no pueden transformarse en otros cuerpos de naturaleza distinta, dividiéndolos en simples y compuestos, según que no se puedan descomponer *químicamente* en otros cuerpos heterogéneos entre sí, como el oxígeno, el

hierro, la plata, el mercurio; ó que resulten de la combinación de los simples de diverso género, como el agua, en la que entran como elementos componentes los cuerpos simples: oxígeno é hidrógeno.

Esta doctrina fué profesada á su manera por los filósofos de la secta fundada por Thales de Mileto, llamados jónicos, por ser Jonia la patria de su fundador. Pocos han sido los discípulos de esta secta, y de éstos, casi no se conserva ningún escrito, pues sea por el misterio de que se rodeaban, ya por el temor de la sátira, ya por la vanidad de retener la ciencia exclusivamente, ó porque la autoridad de Sócrates los había abandonado, es lo cierto que muchos de ellos quemaron sus escritos, y los pocos que han llegado á nuestras manos, carecen de autoridad, debiendo ser leídos con verdadera prevención, en la seguridad de que las revoluciones de los tiempos porque han pasado, no los han dejado llegar puros hasta nosotros.

Thales afirmaba, que el agua era el principio de todo; todo provenía de ella y en ella todo se resolvía; la mezcla, ó el compuesto, nacía de la combinación de los elementos; *Anaximandro* siguió sus pasos, sosteniendo, que el principio de las cosas era infinito, no en número, sino en tamaño, inmudable en el todo, variable en las partes, todo dimana y vuelve á él. El Cielo es un compuesto de frío y de calor, hay una infinidad de mundos que nacen, perecen y entran en el infinito; por lo que mira á los animales, á todos los hace salir del agua, al principio erizados de espinas, luego secos, y después muertos; al hombre lo hace nacer del cuerpo de los pescados.

Igualmente *Anaximenes*, discípulo de *Anaximandro* y *Anaxágoras* su compañero de estudios, profesaron la doctrina de que nada se hacía de nada, todo existía desde el principio, pero en confusión y sin movimiento, faltaba un principio que diese movimiento á las partes y este prin-

cipio es el aire; los animales salen de la tierra, machos y hembras, formados por el calor y la humedad, siendo la muerte una disolución igual del cuerpo y del alma.

Diógenes de Apoloniata, discípulo de *Anaxímenes* y condiscípulo de *Anaxágoras*, fué orador al par que filósofo, y sus principios son muy análogos á los de su maestro, pues decía que el aire es el principio de todas las cosas, y por el aire se explica todo, los animales nacen calientes pero inanimados, el bruto, tiene una porción de aire y de razón, pero ésta se halla embotada por el humor; cuando la sangre y el aire se precipitan á las regiones gástricas, producen el sueño, y cuando una y otra se escapan, la muerte.

El último que profesó esta doctrina en Atenas, fué *Archelao*, después de él nadie estudió la física, pues la superstición la miró como peligrosa, y la doctrina de Sócrates como despreciable. *Archelao* sostenía que el aire y el infinito eran los dos principios de las cosas, y la causa de el movimiento era la separación del frío y del calor, estando el calor siempre en movimiento y el frío siempre en reposo; el frío liquidado forma el agua; el mismo frío, más apretado y unido en sus partes por el calor, forma la tierra, el calor se evapora, y la tierra queda sola.

A estos tres elementos, *agua aire* y *fuego*, añadió *Empedocles* el cuarto ó sea *la tierra*, diciendo que hay cuatro elementos, y que éstos no son simples sino fragmentos de una materia anterior; que sus cualidades primeras son la antipatía que separa á los unos, y la concordia que reune á los otros; que el movimiento que los agita proviene del espíritu universal ó mónade divina, que no son solamente circulares, sino redondos y eternos; que la naturaleza no es más que la unión y división de los elementos, los cuales son cuatro: *el agua, la tierra, el aire, y el fuego*, ó sean *Júpiter, Juno, Plutón y Nestis*, y que el

éter se produjo antes que nada, siguiendo luego el fuego, después la tierra y el agua, que por la condensación se separó del aire con el cual estaba mezclada por el estado de evaporación en que se hallaba, y por último se formaron todos los demás entes particulares.

Considerado el sistema químico de los elementos, bajo el punto de vista de la química, tiene, merced á hechos que la ciencia moderna ha comprobado experimentalmente, su aplicación adecuada y aún sus visos de certeza: pero nótese que esto es solamente en el terreno de la química, lo cual es distinto á afirmar que es digna de figurar entre las ideas metafísicas, pues tal cosa equivaldría á asegurar que si el percloruro de hierro, por ejemplo, es bueno para contener la sangre en las hemorragias, por esta razón debe untársele á las ruedas de un carro para facilitar su marcha; esta afirmación, que parece una necedad y que más que parecer lo es, no se aparta ni un ápice de la que hacen los defensores de la teoría química de los elementos, al sostener la veracidad de su sistema en el terreno de la metafísica, sólo porque es aceptable en la esfera de los conocimientos físico-químicos.

No se detienen estos filósofos á examinar las causas, modos y formas de aplicación porque la química adopta el sistema atomístico-químico, pues si tal hiciesen verían á poco razonar, que las investigaciones de aquéllas versan siempre sobre los cuerpos, y consideran los átomos como tales cuerpos; al paso que los metafísicos al tratar de este sistema, lo hacen para averiguar los principios que constituyen la esencia de estos mismos cuerpos, es decir, los orígenes de estos átomos, que son anteriores por consiguiente al estudio de éstos; de suerte que la filosofía, en esta cuestión, investiga las causas primeras por las que existen los cuerpos, llámense ó no átomos; y la química estudia las propiedades particulares de esos mismos cuer-

pos, su constitución íntima, las acciones que las moléculas ejercen unas sobre otras, y las leyes bajo las cuales se combinan estas moléculas, pero siempre partiendo del supuesto de la existencia de estos cuerpos.

No se puede pues, admitir el sistema atomístico-químico, como teoría metafísica, porque estando conformes todos sus partidarios, en que los cuerpos químicamente simples, son específicamente distintos entre sí, y conviniendo estos cuerpos *esencialmente* entre sí, en ser extensos, tienen forzosamente que diferenciarse *esencialmente* también en tener diversas energías ó actitudes, pues esto está confirmado por la experiencia. De aquí, el reconocer en los cuerpos simples de la química, dos principios esenciales y distintos, uno común á todos ellos, y del cual nace la extensión, otro diferente en cada uno y en el cual radica la actividad específica. Lo que equivale á negar la doctrina atomística-química y restablecer en otros términos la materia prima y la forma substancial, ó sea la doctrina hilomórfica, doctrina que defenderé más adelante por considerarla como la verdadera.

*
* *

DINAMISMO.—Los nombres de Pitágoras y Leibnitz, se unen siempre que del sistema dinámico se trata, pues si bien fué el segundo quien desarrolló y expuso esta doctrina en los tiempos modernos, nadie puede negarle al primero la gloria de haberla fundado, pues en la escuela de Pitágoras, es donde se encuentran los gérmenes de este sistema.

Pitágoras, considerado generalmente como un filósofo de primer orden, nació en Samos, en la Olimpiada cuarenta y siete, cerca de quinientos cuarenta y tres años antes de Jesucristo; su vida fué muy azarosa, siendo perseguido

y molestado constantemente por pueblos estúpidos, celosos y llenos de malignidad, que conspiraban para la extinción de su escuela.

A la avanzada edad de ciento cuatro años, fué degollado por los feroces Crotonitas, y se dice que los mismos que cometieron tan inicuo crimen, arrepentidos, le colocaron después en el catálogo de los Dioses é hicieron un templo de su casa.

Muchas son las obras que se le atribuyen, debido á que no dejó escrita ninguna, y sus discípulos publicaban después de su muerte, aquello que más les convenía, no siendo posible, entre estas tinieblas, discernir la verdad, por no existir una vista bastante perspicáz para ello.

Platón y los demás filósofos corrompieron su sistema; y este sistema obscuro de por sí, mutilado y desfigurado, se envileció y cayó en el olvido, llegando hasta nosotros poco y malo, en el sentido de que no reunen las condiciones suficientes de fidelidad, los autores que nos los tramiten.

El objeto de las ciencias matemáticas, dice, ocupa el medio entre las cosas corpóreas é incorpóreas: es uno de los grados que se han de recorrer.

El matemático se ocupa del número, ó del grandor, porque no hay más que estas dos especies de cuantidad. La cuantidad numérica, se considera en sí misma, ó en otro; la extensa está en reposo ó en movimiento. La cuantidad numérica en sí misma, es el objeto de la aritmética en otro, como el sonido es el objeto de la música; la cuantidad extensa en reposo, es el objeto de la geometría, y esta misma cuantidad, en movimiento, es objeto de la esférica.

Enumera después Pitágoras, las excelencias de la aritmética, diciendo que es: el más bello conocimiento humano, y que quien lo supiese perfectamente, poseería el

soberano bien; divide luego los números en *intelectuales* y *científicos*, el primero existía antes que nada en el entendimiento divino, el segundo es la causa engendradora de la multiplicidad, que procede de la unidad y se resuelve en ella.

Afirma que cada número tiene sus propiedades, que le dan un carácter simbólico que le es particular, atribuyéndole á cada uno cualidades aritméticas, físicas, teológicas y morales, hasta el denario en que termina su tabla, el cual contiene todas las relaciones numéricas y armónicas.

Designa con el nombre de *mónade* á la unidad, de la cual dice es el último estado y el último término.

Se ven, pues, en los principios generales del pitagorismo, los gérmenes muy pronunciados del dinamismo de Leibnitz.

Este sostenía que la *mónade* era una substancia simple, de la cual se forman los compuestos; las nómades, pues no pueden existir ó dejar de existir sino en un instante, por creación ó por aniquilación, pues no se concibe pueda perecer por disolución ó nacer por composición, una substancia que carece de partes.

No admitía alteración de ninguna especie en sus mónades, pues lo que es simple, decía, no admite la interpolación de un accidente, ni de una substancia; pero consideraba de suma importancia el que tuvieran algunas cualidades para poder distinguirlas del no ente, y pareciéndole esto, exigía fueran distintas, pues la igualdad perfecta no existía en la naturaleza, es decir, que un ente sea tan absoluto igual y semejante á otro, que sea imposible reconocer en él una diferencia interna, y aplicable á alguna cosa interna.

Siendo la mónade, un ente creado, tiene que estar sujeta á mutación y en una vicisitud continua, pero como

ninguna causa externa puede influir sobre ella, las variaciones que sufre, proceden de un principio interno.

También se halla dotada la mónade ó substancia simple, de lo que llamamos percepción, que es un estado pasajero, que indica multitud y pluralidad, cuya percepción afirma Leibnitz, es distinta de lo que entendemos por conciencia, porque hay percepción antes de haber conciencia.

Las mónades pasan de una percepción á otra, por medio del apetito, que es una acción de un principio interno, que no siempre llega á la percepción á la cual se dirige, pero que se acerca, por decirlo así, y al acercarse causa alteraciones, que por ligeras que sean, dan lugar á percepciones nuevas.

No se opone este filósofo, á que se dé el nombre de *alma* á sus mónades, si se quiere llamar alma, á lo que en general tiene percepción y apetito, pero habiendo percepción donde no hay conocimiento, cree mejor dar el nombre de mónade ó entelechia á las substancias simples que no tienen más que percepción, y llamar alma ó espíritu, á las substancias que tienen percepción y memoria ó conciencia.

Esta doctrina fué modificada por el jesuita Rogerio Boscowich; sostenía éste, que los cuerpos constan de substancias simples ó inextensas, pero en número limitado y finito y sin percepción ni apetito, dotándolas en cambio, de fuerza atractiva por la cual tienden unas hacia otras y de fuerza repulsiva que impide su mutuo contacto, y explicaba la diversidad de los cuerpos por la variedad con que están en ellos unidas las respectivas mónades. Así como las letras del alfabeto, decía, resultan de puntos negros, y así como del modo de estar combinadas las letras, resultan los libros, y de los libros las bibliotecas, así el universo resulta de la combinación de puntos-fuerzas.

Manuel Kant, el fundador del trascendentalismo ger-

mánico, dió otra forma á esta teoría, afirmando que el cuerpo al ocupar el espacio, lo llena, pues en virtud de la impenetrabilidad, impide que otro cuerpo ocupe el mismo lugar; para realizar este fenómeno, juzgó necesarias dos fuerzas motrices, una de atracción y otra de repulsión, sin las cuales, las partes del cuerpo, ó se irían diseminando indefinidamente, ó coincidirían en un punto único; y pensando que en el mundo, además de la finalidad externa, existe la interna, por la que se engendran, conservan y perfeccionan los cuerpos, admitió otras fuerzas, que llamó *plásticas*, que obran con arreglo á un fin interno, y cuya existencia se vé claramente en los cuerpos orgánicos.

Si bien á primera vista, la teoría de Leibnitz parece razonable y natural, fijándonos un poco, resulta de todo punto insostenible.

En efecto: dada la existencia de un cuerpo en el espacio, no siendo de los que la química llama simples, será susceptible de división, y por consiguiente, se compondrá de partes; suponiéndolo dividido en dos, cada una de estas partes contendrá, según esta doctrina, un número infinito de mónades, resultando de esto, que el conjunto de ambas partes, dará un infinito mayor que el de una sola, lo cual es absurdo y contrario á la razón natural.

Pero no es esto sólo; si todas las mónades, tienen percepción y apetito, todos los cuerpos serían vivos, y no habría por consiguiente, diferencia esencial entre animales y vegetales, lo cual es falso, pues ya por sus caracteres químicos, en que el animal produce calor y el vegetal lo absorbe, aquél consume oxígeno y éste lo desprende, el primero transforma la materia orgánica en inorgánica, da sus elemetos al aire y á la tierra y es un aparato móvil de combustión, y el segundo, por el contrario, transforma la materia inorgánica en orgánica, toma sus elementos del aire y de la tierra, y es un aparato inmóvil de reducción;

ya por su estructura física, en que los animales tienen cavidad digestiva y las plantas carecen de ella, ya en fin, por el distinto desarrollo que adquiere la vida vegetativa en los animales y en las plantas, siempre existirá una diferencia radical entre éstos, lo cual no se consigue si se acepta la absurda teoría de las mónades de Leibnitz, que por otra parte, envuelven la negación de las acciones transeuntes, negación que está en abierta pugna con lo que diariamente nos enseña la observación y la experiencia.

El sistema de Leibnitz fué perfeccionado por el jesuita Boscowich, que le purgó de sus principales errores, y tal vez hubiese dado con el verdadero sistema hilomórfico, si no cae en el extremo de suponer que la fuerza de que los elementos simples están dotados, unas veces es repulsiva y otras atractiva, según convenía á sus planes, dependiendo únicamente de la diversidad de las distancias; suposición completamente gratuita, y que debe por consiguiente ser desechada por falsa.

Tal como lo expuso Boscowich, este sistema no explica las diferencias esenciales de los cuerpos, no explica la extensión real de los mismos, y admite implícitamente la acción á distancia.

No explica las diferencias esenciales de los cuerpos, porque según este sistema, los cuerpos se diferencian entre sí accidentalmente, y esta diferencia es resultado de la unión de infinitos cuerpos simples, cosa que no puede admitirse, pues los cuerpos se diferencian esencialmente entre sí, puesto que sus propiedades y operaciones son esencialmente distintas.

Suprime la extensión real de los cuerpos, porque para que exista la extensión, es preciso que haya continuidad de partes, al menos en los primeros elementos del objeto corpóreo, y esto es imposible en un sistema que sólo ad-

mite cuerpos simples ó inextensos, pues no se puede formar con ellos la extensión.

Y admite, por último, la acción á distancia, pues si las acciones de los puntos inextensos son verdaderamente físicas, los elementos simples obran á distancia, y esto es absurdo, según demostré al refutar la teoría atomística.

También resulta falsa, y por consiguiente debe desecharse la doctrina de Kant, pues nos presenta las fuerzas atractivas y repulsivas, sin sujeto de que procedan, ni objeto al cual se apliquen, no pudiendo decir que son los cuerpos este sujeto y este objeto, pues la existencia de éstos es posterior, y equivaldría á negar que las fuerzas atractivas y repulsivas constituyen las substancias corpóreas, pues supone existentes estas substancias.

Por último, el dinamismo de Kant, niega la extensión puesto que le quita su valor objetivo, al decir que el espacio es simplemente una forma de la sensibilidad externa, y las partes que aparecen en el cuerpo, movimientos de la fuerza expansiva.

Refutadas las principales razones que en favor del dinamismo alegaron sus mantenedores, no nos queda de él más que el recuerdo de una idea errónea, pero que dió ocasión á luchas de la inteligencia, en las que Leibnitz, Boscowich, Kant y otros no menos ilustres pensadores, lucieron sus brillantes facultades, ya en el terreno de la filosofía, ya en el de la física, ya en fin, como teólogos y moralistas, pues la vasta erudición de estos hombres, era capaz para tratar con igual maestría de todas estas ramas diversas del saber humano.

*
* *

Hilomorfismo.—Este sistema, cuya paternidad se le atribuye con justicia á Aristóteles, explica la formación de los cuerpos, admitiendo en todos ellos, dos entidades

ó principios, uno de ellos *pasivo*, de que procede la *multiplicidad*, llamado *materia prima;* y otro denominado *acto primero* y *forma substancial*, de que procede la *unidad de cuerpo*.

Aristóteles, que es sin disputa, uno de los más notables filósofos que ha tenido la humanidad, nació en Estagira, pequeño pueblo de la Macedonia, de donde era médico su padre Nicómaco, grande amigo de Amintas, el abuelo del gran Alejandro; tuvo la desgracia de perder desde muy joven á su padre, quedando á merced de un tal Próxenes, que se encargó de su educación y le condujo por la senda de las ciencias y de las artes con tanta asiduidad como si hubiese sido un hijo suyo; Aristóteles á diferencia de la mayoría de los hombres, desconocía la ingratitud, y después de muerto su bienhechor, le erigió estatuas y tuvo con su hijo Nicator, todas las atenciones que aquél había tenido con él.

Desechando todas las calumnias, que sus émulos Epicuro, Atheneo y Eliano, lanzaron contra él, para demostrar como pasó sus primeros años, es lo más cierto, según Anmonio, que habiendo Aristóteles consultado al oráculo, este le manifestó que fuese á Atenas y estudiase con aplicación la filosofía, pues tendría más necesidad de contener el vuelo de su entendimiento que de excitarlo.

En Atenas fué discípulo de Platón, y se distinguió notablemente, pues á su claro entendimiento unía un ardor devorador de saberlo todo, y una afición á leer tan estupenda, que recorría todo lo que habían escrito los antiguos, siendo tan grande su pasión por los libros, que compró por tres talentos (1) los libros de Speusipo.

(1). Cada *talento* valía, según M. Barthelemi, en el «Viage de Anacharsis á Grecia» 5400 libras tornesas, por consiguiente dió Aristóteles por los libros de Speucipo sobre unos sesenta mil reales de vellón.

M. Rollin, no da al *talento* más valor que tres mil libras tornesas. *Trait. des Estud. tom. 4., pag. 302.*

mite cuerpos simples ó inextensos, pues no se puede formar con ellos la extensión.

Y admite, por último, la acción á distancia, pues si las acciones de los puntos inextensos son verdaderamente físicas, los elementos simples obran á distancia, y esto es absurdo, según demostré al refutar la teoría atomística.

También resulta falsa, y por consiguiente debe desecharse la doctrina de Kant, pues nos presenta las fuerzas atractivas y repulsivas, sin sujeto de que procedan, ni objeto al cual se apliquen, no pudiendo decir que son los cuerpos este sujeto y este objeto, pues la existencia de éstos es posterior, y equivaldría á negar que las fuerzas atractivas y repulsivas constituyen las substancias corpóreas, pues supone existentes estas substancias.

Por último, el dinamismo de Kant, niega la extensión puesto que le quita su valor objetivo, al decir que el espacio es simplemente una forma de la sensibilidad externa, y las partes que aparecen en el cuerpo, movimientos de la fuerza expansiva.

Refutadas las principales razones que en favor del dinamismo alegaron sus mantenedores, no nos queda de él más que el recuerdo de una idea errónea, pero que dió ocasión á luchas de la inteligencia, en las que Leibnitz, Boscowich, Kant y otros no menos ilustres pensadores, lucieron sus brillantes facultades, ya en el terreno de la filosofía, ya en el de la física, ya en fin, como teólogos y moralistas, pues la vasta erudición de estos hombres, era capaz para tratar con igual maestría de todas estas ramas diversas del saber humano.

*
* *

HILOMORFISMO.—Este sistema, cuya paternidad se le atribuye con justicia á Aristóteles, explica la formación de los cuerpos, admitiendo en todos ellos, dos entidades ó principios, uno de ellos *pasivo*, de que procede la *multiplicidad*, llamado *materia prima;* y otro denominado *acto primero* y *forma substancial*, de que procede la *unidad de cuerpo*.

Aristóteles, que es sin disputa, uno de los más notables filósofos que ha tenido la humanidad, nació en Estagira, pequeño pueblo de la Macedonia, de donde era médico su padre Nicómaco, grande amigo de Amintas, el abuelo del gran Alejandro; tuvo la desgracia de perder desde muy joven á su padre, quedando á merced de un tal Próxenes, que se encargó de su educación y le condujo por la senda de las ciencias y de las artes con tanta asiduidad como si hubiese sido un hijo suyo; Aristóteles á diferencia de la mayoría de los hombres, desconocía la ingratitud, y después de muerto su bienhechor, le erigió estatuas y tuvo con su hijo Nicator, todas las atenciones que aquél había tenido con él.

Desechando todas las calumnias, que sus émulos Epicuro, Atheneo y Eliano, lanzaron contra él, para demostrar como pasó sus primeros años, es lo más cierto, según Anmonio, que habiendo Aristóteles consultado al oráculo, este le manifestó que fuese á Atenas y estudiase con aplicación la filosofía, pues tendría más necesidad de contener el vuelo de su entendimiento que de excitarlo.

En Atenas fué discípulo de Platón, y se distinguió notablemente, pues á su claro entendimiento unía un ardor devorador de saberlo todo, y una afición á leer tan estupenda, que recorría todo lo que habían escrito los antiguos, siendo tan grande su pasión por los libros, que compró por tres talentos (1) los libros de Speusipo.

---

(1). Cada *talento* valía, según M. Barthelemi, en el «Viage de Anacharsis á Grecia» 5400 libras tornesas, por consiguiente dió Aristóteles por los libros de Speucipo sobre unos sesenta mil reales de vellón.

M. Rollin, no da al *talento* más valor que tres mil libras tornesas. *Trait. des Estud. tom. 4., pag. 302.*

Fué encargado de la educación de Alejandro el Grande, por su padre Filipo, Rey de Macedonia, el cual le decía: «Más agradezco á los Dioses, el que me hayan proporcionado un maestro como tú para mi hijo, que el que me lo hayan dado, no dudo que tus lecciones le harán digno de ser mi hijo y tu discípulo» (1).

Y fué de tal suerte, y tal maña que se dió Aristóteles en la educación de su discípulo, que este decía muchas veces: «Debo la vida á mi padre, pero el arte de saber dirigirme, es obra de Aristóteles; si gobierno bien, á él se lo tengo que agradecer únicamente»; y al expresarse así, no hacía más que rendir tributo á la verdad y reverenciar el mérito.

Sobre su muerte corren las más absurdas versiones; unos dicen que desesperado de no poder adivinar la causa del flujo y reflujo del mar, se precipitó en el Euripo, diciendo: «pues que Aristóteles no puede comprender al Euripo, que éste comprenda á Aristóteles»; lo cual carece de certeza, pues nos presenta á este gran filósofo como un loco, igual que un niño, que porque no comprende la lección, se rompe la cabeza contra la pared, y esto nos da muy pobre idea ya que no de su talento, pues éste late en sus obras, al menos del estado de su razón.

Otros refieren, que después de haber sobrellevado su desgracia, pues un sacerdote de Ceres le acusó de impío, y tuvo que ocultarse, se envenenó como Sócrates. La versión más exacta es, que murió de muerte natural, extenuado por las grandes vigilias y consumido por su tenaz y continuo trabajo; tal es la opinión de Apolodoro, Dionisio de Halicarnaso, Censorín y Laercio.

Aristóteles explica la composición de los cuerpos, por medio de tres principios: dos contrarios, que son la forma

(1). Barthel. Voy. d'Anach. tom. 6., Cap. 62. pag. 263.

y la privación, y el tercero, que es la materia igualmente sometido á los otros dos; la forma y la materia constituyen la cosa; la privación es accidental, no entra en la materia, ni tiene cosa que le convenga.

Lo que da la existencia á las cosas debe ser necesariamente una potencia; ésta es la materia primera que es una realidad indiferente de suyo para constituir cualquier cuerpo, incapaz de existir por sí sola, y que necesita, por consiguiente, unirse con alguna forma ó principio determinante para dar origen á una substancia corpórea.

La materia no se engendra ni se destruye porque es primera, y sujeto infinito de todo, formándose las cosas primeramente no por sí mismas sino por un accidente.

La forma es la realidad que unida á la materia, la determina, y la hace ser tal cuerpo, y no otro; se llama substancial esta forma porque entra en la composición de los cuerpos, con un carácter esencial, pues sin ella no sería posible la existencia de éstos, á diferencia de otras formas accidentales, que sólo modifican la substancia que suponen preexistente.

Definió Aristóteles la materia prima: *primum uniuscujusque rei subjectum, ex quo insito aliquid fit primo et non secundum accidens;* llamóla sujeto (*subjectum*), en contraposición al otro principio substancial que la informa y determina; y la calificó de sujeto primero (*primum*), porque la materia es el *substratum* respecto del sér primero substancial del cuerpo.

La forma substancial, según el Cardenal González, es: «Una realidad substancial pero incompleta, primer determinante y actuante de la materia prima, de cuya unión íntima con ésta resulta una substancia determinada y completa.»

Esta doctrina fué adoptada por Santo Tomás, y por los escolásticos, pues de los tres períodos en que se divide

la filosofía escolástica, vemos que en el primer período Guillermo de Champeaux, Pedro Lombardo, Gilberto de la Porrea, Juan Sarisberi, Esteban Laughton y Juan Bellith, defienden las teorías aristotélicas; en el segundo, Alberto el Grande, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, Gil Colonna y otros no menos doctos, no vacilan en aceptar las ideas de Aristóteles, apesar de hallarse entonces proscriptas; y en el tercer período comentan su física y moral, siguiendo su doctrina, Ricardo Luiset, Pedro Assiac, Juan Wesel Gansfort y Gabriel Biel, demostrando todos la certeza de la doctrina aristotélica, en pugna con las erróneas afirmaciones de los Eleáticos, de la Homeomería de Anaxágoras, de los átomos de Leibnitz, los elementos sensibles de Thales y de su escuela, los números de Pitágoras y las ideas de Platón.

Pero entre todos los filósofos que florecieron en la segunda época del aristotelismo, es, sin contradicción, el más profundo, juicioso y claro, Santo Tomás de Aquino, nacido en el pueblo de este nombre en la Campania, provincia del reino de Nápoles, el año de mil doscientos veinte y seis, y muerto el siete de Marzo del año de mil trescientos trece, siendo tan conocidas sus obras como sus virtudes y su vida, á tal punto, que no hay hombre medianamente ilustrado que no haya leído alguna de sus numerosas producciones, pues la autoridad que ha alcanzado en el terreno de la filosofía, sólo es comparable á la de Aristóteles, al cual comentó con maravillosa lógica y resultados brillantes.

Comparando entre sí los sistemas expuestos sobre la composición de los cuerpos, resulta que el atomístico tiene en cuenta para explicarla, el principio del cual nace la extensión: el dinámico, el principio del cual procede la actividad, y el hilomórfico, ambos principios, siendo, por tanto profundamente dualista.

La certeza de esta doctrina salta á la vista á poco que se entre en el análisis de la misma, pues los hechos mismos en que se funda, ó sean la conversión ó transformación de unas substancias en otras de diferente naturaleza, y el darse en los cuerpos propiedades opuestas entre sí, demuestran claramente la insuficiencia de los otros sistemas filosóficos, que no explican estos fenómenos, y la veracidad del sistema hilomórfico que los explica con perfecta lógica; como ejemplo de la transformación de unas substancias en otras de diferente naturaleza, podemos citar el compuesto químico *agua*, que se engendra por la combinación de las moléculas de oxígeno é hidrógeno y se diferencia específicamente de sus componentes simples; y para explicar la existencia en los cuerpos de propiedades opuestas entre sí basta mencionar la *multitud* y la *unidad*, la *extension* y la *figura*, la *inercia* y la *actividad*.

Además, los principios que constituyen la esencia de las cosas, se manifiestan por sus propiedades, pero estas propiedades nos hacen ver que los cuerpos constan de materia y forma, puesto que la extensión, la figura, la resistencia y la movilidad, que son las principales propiedades de los cuerpos, requieren todas ellas en la substancia en que radican estos dos principios; luego los principios que constituyen la esencia de los cuerpos son dos: la materia y la forma.

El antecedente de este silogismo, es evidente; el consiguiente voy á demostrar que es cierto. En efecto: la extensión requiere por un lado la colocación de unas partes fuera de otras, es decir, la multiplicidad, y por otro requiere la unidad, porque el contínuo es el primer elemento de la extensión, luego la substancia extensa, además del principio de que nace la multiplicidad de partes, requiere otro del cual nazca la unidad, pero como lo que es uno no puede proceder sino de lo que es simple é inex-

tenso, de aquí que para completar la esencia de los cuerpos, se requiera además de la materia, fuente de la multiplicidad, otro principio simple é inextenso que nosotros llamamos forma; y como de una manera análoga se demostraría que las demás propiedades de los cuerpos exigen los dos principios denominados materia y forma, queda explicado el que éstos sean los que constituyen los cuerpos.

Prueba además la veracidad de esta doctrina, el que no se pueda explicar por ninguna otra teoría, ni la variedad y constancia de las especies corpóreas, ni la extensión y continuidad de los cuerpos, ni la oposición entre sus propiedades, ni el fin que preside en la generación de las substancias, el cual coincide con la adquisición por cada una de ellas, de la forma ó principio de su inclinación ó apetito natural al bien que le conviene, cosas que claramente demuestra la teoría hilomórfica pues se hallan sus principios en consonancia con las últimas conclusiones de la química en lo que se refiere á la composición de los cuerpos, prestando grandes auxilios á otras ciencias, especialmente á las naturales cimentándolas sobre bases sólidas é indestructibles.

Algunas objeciones se hacen á esta doctrina, pero ninguna tiene la fuerza que la que se reduce á decir, que el análisis de los compuestos resultantes por la unión de cuerpos químicamente simples, da por resultado estas mismas substancias, lo cual prueba que los elementos permanecen formalmente en el compuesto, pues si no continuaran en él, dicen los impugnadores, sería imposible que el análisis los hallara.

Esta objeción que parece no tener réplica, pues si bien la consideramos falsa, no por eso dejaremos de reconocer que está bien planteada, es sin embargo, de fácil destrucción. En efecto: cuando se analiza algún com-

puesto, en el momento mismo en que empieza el análisis, ya el compuesto desaparece, aconteciendo que los elementos de cuya unión resultó, comienzan entonces á existir, viniendo de este modo á suceder á la substancia que fué efecto de su combinación.

Resulta, pues, que no permanecen *formalmente* en el compuesto, estas substancias componentes, sino *virtual, eminente y radicalmente*; *virtualmente*, en razón de sus cualidades, las cuales duran y subsisten en el compuesto, aunque atemperadas; *eminentemente*, porque la forma substancial del compuesto, contiene con eminencia, las de los simples que lo componen; y permanecen, por último, *radicalmente*, en cuanto que los elementos retienen en el compuesto cierta afección ó virtud propia, de modo que pueden fácilmente al disolverse aquél, volver á su primitiva forma.

Queda, pues, desechada esta objeción, y establecida como verdadera la doctrina hilomórfica, la única que explica racionalmente la composición de los cuerpos, y abajo el aspecto filosófico, ya en el terreno de la química.

Concluyo, pues, diciendo, que la causa de que el hombre contraiga errores, es voluntaria, pues Dios no lo ha creado para el error; pero como el Sér Supremo no ha dado á todos los hombres las mismas facultades ni la misma inteligencia, sino que las ha repartido según sus diversos destinos, de aquí que la suprema sabiduría y la suprema felicidad, si es que ésta puede existir en la tierra, estarán en conformar cada individuo su inteligencia con su destino, y no codiciar ni querer abarcar ni comprender aquello que para ellos no es comprensible, pues el hombre no puede profundizar á la vez todas las ciencias, y si sobresale en alguna, desconoce otras, y aun en esa en que sobresale, dista mucho de saber su verdadero y completo sentido, pues la ciencia con su avasallador y poderoso brazo no ha podido comprender por completo todas las verda-

des, y algunas permanecen inexplicadas en sus arcanos, negadas por unos, acatadas por otros y desconocidas por todos.

Bástenos, pues, saber que estamos dotados de fuerzas suficientes para satisfacer nuestras más perentorias necesidades, tanto del orden físico como del orden moral é intelectual, y que si algunos pretenden en cualquiera de estos órdenes satisfacer, no ya necesidades sino lujos, que no se quejen si luego vuelven contritos y humillados, pues ley natural es que quien tal hizo, tal pague.

En síntesis, la norma en esta vida de todos los actos del hombre debe ser la realización de la verdad y la práctica de la virtud, á despecho de las molestias y de las privaciones, pues está condenado á luchar, mientras dure su existencia, con las penalidades y el trabajo, según lo dijo el Creador en esta terrible sentencia: «*Maledicta terra in opere tuo, in laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ.*» (Gen. c. 3. v. 17.) Maldita será la tierra en tu obra, con afanes comerás de ella todos los días de tu vida.

He dicho.


SEP 9 1920
COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
0021088900

